



BOLETÍN ECLESIAÍSTICO

DEL

OBISPADO DE SALAMANCA

NOS DON FRAY TOMÁS CÁMARA Y CASTRO,

DEL ORDEN DE SAN AGUSTIN, MAESTRO EN SAGRADA TEOLOGÍA, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE SALAMANCA, EX-SENADOR DEL REINO, ACADÉMICO CORRESPONDIENTE DE LAS REALES DE LA LENGUA, DE LA HISTORIA Y DE LA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO, ETC., ETC.

A nuestro venerable Deán y Cabildo, al respetable Clero, Comunidades Religiosas y á todos nuestros amadísimos diocesanos, salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo.

Convertimini ad me, ait Dominus exercituum, et convertar ad vos.

Zachariae. I-3.

AMADÍSIMOS DIOCESANOS:

Entrados en el santo tiempo de Cuaresma, llamado con propiedad *el tiempo de salud* para nuestras almas, *tiempo acceptable* á los ojos de Dios, tomado del Apóstol, menester es que se adviertan en nosotros, impulsos y movimientos saludables, camino de la patria y bienaventuranza para que hemos nacido.

Los que presiden, enseña el mismo Apóstol San Pablo, se han de distinguir por *la solícitud*, por el celo; á ellos toca ser los centinelas para dar el grito de alarma, y los jefes, para comunicar las órdenes de defensa ante el enemigo.

Nuestro ministerio principal es de enseñanza; encargo de Jesucristo al Apostolado; *id, enseñad á todas las gentes*. Enseñanza que enderezamos, en ocasiones, para exponer los deberes cristianos; enseñanza, lo más ordinario, para exhortar vivamente á la práctica de la virtud, ó corregir las costumbres depravadas. Y toca á su vez, á los fieles, escuchar benévolo y atentos la doctrina de la Iglesia y las exhortaciones de los sagrados ministros. De esta docilidad en oír la palabra divina, se hace depender la firmeza de la fé y el fruto hermoso de la moralidad.

Escuchad, por tanto, amadísimos diocesanos, la voz de vuestro Pastor, estimad su palabra como eco del cielo, que en cumplimiento de mi legación y mandato os la dirijo, y en las inspiraciones de las sagradas letras colocamos su fundamento.

Al abrir, el día de Ceniza, este santo período, amonestaba al pueblo de Salamanca, congregado en el espacioso templo de San Esteban, á la reforma individual para llegar á la reforma social y regeneración anhelada de la patria, que parece ser el pensamiento culminante, el ánsia viva de los españoles, en la dolorosa situación que nos dejan las guerras intestinas, y las desapoderadas injusticias de naciones protestantes.

Breves palabras, en el mismo sentido, os dedicaré, que puedan ser entendidas de todos vosotros, encaminadas al remedio de nuestras desventuras.

I

Dolorosísimo es el azote y sonrojo que padecemos: menester es apartar los ojos de la consideración de los desmembramientos que nuestra patria sufre, de los hijos de España

inmolados, y los caudales de nuestra escasa fortuna desaparecidos, y el quebranto de nuestros soldados repatriados, y el implacable desdén con que otros Estados nos miran, y la egoísta, glacial indiferencia con que estos sucesos reciben muchos, para que el ánimo no se conturbe y abata.

¡Ah! y el filósofo, el cristiano vislumbran en todo ello la mano justa de la Providencia!... que, al fin, nada acaece, sino por ella intervenido y gobernado.

Acéptase la aflicción ante esta idea; si bien el dolor es más penetrante. No siempre la visita del cielo supone culpa, como se defendió Job de sus contradictores; pero siendo evidente la nuestra, debemos de considerar enojado á Dios, y de ahí que perecemos en el descalabro y el desprecio. No hemos querido convencernos del aviso del Real Profeta, *que cuantos se alejan del Señor, perecerán* (1). Y en todo este siglo, si no antes igualmente, hemos ido borrando el sacrosanto nombre de Dios de las leyes y las costumbres, retrogradando á las épocas del paganismo, diciendo como el pueblo deicida: *no queremos que éste reine sobre nosotros*. Y con efecto, no reina; no nos favorece. Se han levantado contra nosotros hijos ingratos, colonias rebeldes, y potencias desalmadas... y nos hemos encontrado en la derrota, en el vacío, en el abandono, sin luces ni genios, sin caudales ni cañones, sin suerte ni previsión. España es para unos objeto de ludibrio, para otros de lástima y amargura. Ojos hay todavía que no quieren ver, como en las tormentas, más que árboles arrancados de cuajo, y los sembrados perdidos, y las casas abrasadas ó hundidas, sin alzarlos al cielo, donde se fraguó la borrasca, condensó la lluvia y se encendió el rayo. Ojos para llorar, y labios para estériles ayes, entendimientos para necios aspavientos; sin discurso para oponer el dique á los torrentes, y el pararrayos á la cólera divina.

¡Esto es una desventura inmensa! Reforma, regeneración de lo existente! exclaman á una voz cuantos tienen en funcio-

(1) *Quia ecce qui elongant se a te, peribunt.*—Ps. LXXII-27.

nes la inteligencia. Y difícil será enumerar los programas y procedimientos que los regeneradores de la patria han dado á luz, diciéndose y replicándose unos á otros: no es ese el remedio de nuestra desdicha.

Nosotros, aleccionados por el Espíritu Santo, cantamos en los salmos de David: "*Si Dios no edifica la casa, vanamente trabajarán cuantos se esfuerzen por levantarla* (1).

Dios sólo es el regenerador de las sociedades; el poderoso para unir lo disperso y sembrar la concordia entre los corazones. "*Transfiere el dominio de una en otra nación á causa de las injusticias, las injurias y contumelias, los dolos y fraudes*," las administraciones corrompidas (2). Por esto solo Él puede alzar este azote y desmembración, é inspirar para que renazca el orden y la disciplina. Sentiremos nosotros la necesidad y la angustia; proyectaremos asimismo arbitrios y soluciones; la eficacia de ellos ha de venir de lo alto: no alcanzan las fuerzas humanas, ni todo el mundo, á comunicar la paz é inteligencia de los espíritus.

La historia hará constar, cómo en todo acontecimiento relevante descuella el genio avasallador de un hombre. *Fuit homo*. Hubo un hombre, había cabeza; si, pero hombre providencial. *Fuit homo, missus á Deo*, que relata el Evangelista.

En la época del renacimiento, que parecía volverse, con pretexto de las bellas letras y la resurrección del arte á la cultura griega de la sensualidad y el gentilismo, cundió por Europa el grito de ¡reforma!, tomándolo luego, aun en sus inmundos labios, los corifeos del protestantismo. Pero la reforma la dictó la Iglesia en su inmortal Concilio de Trento; y la reforma, más honda y delicada, la ejecutaron los santos, mensajeros de Dios. Diéronse los protestantes el título de

(1) *Nisi Dominus aedificaverit domum, in vanum laboraverunt aequi edificant eam.*—Ps. CXXXVI-1.

(2) *Ecclesiastic. Regnum a gente in gentem transfertur propter injustitias et injurias et contumelias et diversos dolos.*—X-8.

novadores, y no fueron más que vanos revolucionarios. La regeneración de las almas la trazaron en sí mismos y en sus discípulos y devotos Santa Teresa de Jesús, San Pedro de Alcántara, San Ignacio de Loyola, San Juan de Dios y demás lumbreras de santidad del cielo de la Iglesia.

Y veces hay en que Dios comunica la luz y la idea para una grandiosa empresa, pero no más; no presta la eficacia, la realización de la obra ni á siervos muy amados. Así el bienaventurado Juan de Avila, apóstol de Andalucía, concibió la traza de la Compañía de Jesús, pero le faltó el soplo vivificante de la creación: como David, se embelesaba con el pensamiento de erigir el soberbio templo, y quien alzó sus cúpulas y torres fué el Rey sabio. Fueron unos precursores, vislumbraron la luz redentora y la anunciaron; pero estaba reservado á otros salir con la antorcha en la mano é iluminar al mundo. Para que bien se advierta, que todo *don óptimo descende del Padre de las luces* (1), cuanto más los caudillos de Israel, predestinados para claves de la historia.

Por esta razón nos enseña el Eclesiástico: "*en la mano de Dios se halla el imperio sobre la tierra, al rector útil para su pueblo, al restaurador de los quebrantos, lo enviará Dios oportunamente*," (2).

II

Por desgracia nuestra no asoma el día de las grandes misericordias sobre España. Todo está disgregado, dividido en partidos y grupos; y esa señal es de castigo, no de merced celestial; es influjo del ángel de las tinieblas, no inspiración de buen ángel. Observad: cuando quiso Dios humillar la soberbia de los hombres y volverlos inútiles para toda labor, hasta

(1) Jacob. c. I.-v. 17.

(2) *In manu Dei potestas terrae, et utilem rectorem suscitabit in tempus super illam.*—Ecclesiast. X-4.

para hacinar las piedras y levantar una torre, no hizo sino sembrar la confusión de lenguas, lograr que no se unieran en un pensamiento. Muchas voces, y ninguna concorde. La torre de Babel está todavía por terminar; no sabemos si habrán quedado los cimientos.

¡Ah! pero el día que el espíritu de luz y amor, que el Espíritu divino descendió sobre la Iglesia congregada en oración, y se cernían las lenguas de fuego sobre las cabezas de los Apóstoles y los fieles, fué asombro universal y la primera exclamación de las gentes, cómo entendían todos en su idioma la palabra de aquellos predicadores: “Había entonces en Jerusalén judíos de todas las naciones... y quedaron atónitos al oír hablar cada uno á los Apóstoles en su propia lengua,, (1). Tres veces se repite en la misma página este asombro: *Oímoslos hablar en nuestras propias lenguas las grandezas de Dios.*

Una lengua, un pensamiento, como una sola fe, un bautismo, un solo Señor. Esa unidad maravillosa engendró la unión del sentir y de los corazones: “De la muchedumbre de los creyentes no había sino una sola alma y un corazón,, (2). Tal es el estilo é inclinación del espíritu de Dios. Y con hombres así estrechados se conquista el mundo, se escalan los cielos.

Después, conocidas son las recomendaciones de las Sagradas Letras á los fieles para que huyan de las disensiones, los pleitos y los cismas, y se esfuercen por deponer el propio dictamen, unirle y enaltecerle en un común sentimiento.

Pero bien, posible es que se objete, si el pecado es social, si el remedio ha de venir de lo alto, ¿quién impulsa á tantos ciudadanos á la unión bienhechora, y alza del polvo los gobiernos y legisladores cristianos? ¿Cómo España, cómo la nación entera, compuesta ya de miembros disidentes, de leyes anticristianas, reconocerá su culpa y se arrojara arrepentida en los brazos de Dios, con el ansia de la regeneración espiri-

(1) Act. Apostol. II.

(2) Act. Ap. IV-32'

tual como en los venturosos días de Recaredo? ¿No se han llevado las creencias hasta el fragor de las batallas, escribiendo la patria historia con sangre, sumiéndonos más hondos en la deuda y la bancarrota? ¿No ha sido harto recia y sangrienta la protesta contra la revolución y la masonería triunfantes?

Cierto que cada individuo se reconocerá impotente para remediar el daño general. Cabrá exigirle el ejercicio de su propia actividad, no lo que depende de la voluntad de muchedumbres, y en las cuales no ejerce ni jurisdicción ni influencia.

¡Ah! Este sería un propósito salvador, la reforma individual; esto sería el colmo de nuestras aspiraciones del momento, nuestro gozo y ulterior esperanza. El noble empeño de regenerarse el padre y el hijo, todo el hogar doméstico, y unirse en estrechos lazos de piedad con el vecino, y por lo pronto aspirar á enumerarse los diez justos que libren á las ciudades de convertirse en cenizas; el número de ángeles, que contengan el brazo airado de Dios, y hasta atraigan sus bendiciones celestiales para la conversión de los pecadores, y preparar los caminos dominicales. Así podríamos aguardar el remedio universal de mano de la Providencia. *Parate viam Domini, rectas facite in solitudine semitas Dei nostri* (1).

III

La primera y fundamental manera de rectificar, en la soledad, en lo privado como ante el público, las sendas de nuestra conducta, es el arrepentimiento por las ofensas cometidas contra el cielo, y el establecer, por la pureza de conciencia, nueva alianza de amistad y servicio con nuestro Hacedor. *“Convertíos á mí, dice el Señor de los ejércitos, y yo me volveré á vosotros.”*

Debemos restituir á Dios su honor y su gloria: volvernos

(1) Is. c. XL.-3.

á Él para que su rostro de clemencia se vuelva á nosotros. Si no lo verifica la nación, ni sus directores, urge lo verifique el mayor número de compatriotas. Forma de reparar las infidelidades de los gobernantes (ya que el pueblo protestó contra la tolerancia de cultos y cuanto le es anejo) es adherirse á la Asociación que ora por la Unidad católica, ó por lo menos, uniéndose particularmente á las rogativas de tan patriótica y santa Hermandad. De esta suerte, conservamos la protesta viva en nuestro espíritu y un altar de doctrina pura y ofrenda agradable en cada corazón. Lo que menos podemos hacer es clamar con nuestra oración perseverante, y mover á socorrernos al Todopoderoso. Y conózcense los católicos fervientes, no sólo cristianos de bautismo, sino los de arraigadas convicciones y prácticas ejemplares.

Ayudará á esto, no desechar las enseñanzas providenciales que se descubren envueltas en los espantosos castigos. Dios nos azota para nuestro escarmiento, y, por consiguiente, como los buenos Padres, nos alecciona y amonesta al propio tiempo que nos hiere.

Es la sociedad ruda, grosera y contumaz, y há menester, á veces, lecciones de sangre. Para destronar á Dios del sólio de las leyes y la vida social, discurrieron los filósofos del pasado siglo y los libertinos del presente, teorías fascinadoras para la carne, aunque absurdas y mortíferas para el espíritu, y las han proclamado doctrina corriente, de texto en las cátedras y las tribunas del foro y el parlamento, no obstante los anatemas de la Iglesia. Mas como por el fruto se conoce el árbol, según nos avisa el Evangelio, y el liberalismo los ha dado tan desabridos y amargos, llorando tardíamente los descalabros que nos ha producido, son de oír ahora las confesiones que, de propia boca de sus secuaces, se pregonan por doquiera.

Refería el Sr. Blanco, predicador de esta ciudad y Metropolitano de Valladolid, que figuraba en Avila un caballero, cristiano rancio, de claro entendimiento para adivinar los desastres del liberalismo, y por lo mismo, empeñado en ha-

cerlos ver á todo el mundo. Mas como luchara vanamente contra la ceguedad de los libertinos, se enojaba para sus adentros, y prorrumplía luego en estas exclamaciones: Pues dejarlos; no quisiera más que al llegar el tremendo día de los desengaños, allá en el juicio universal, me permitiera Jesucristo apostrofar á estos rebeldes, diciendo: liberales, ¿lo véis ahora?....

Ya no hay que esperar al juicio universal. Ahora no hay más que ir recogiendo las peregrinas frases, que elabora la prensa, y vierten los primates en las asambleas, así sean de comercio ó agricultura, y las que quedan consignadas en el Diario de sesiones de las Cámaras parlamentarias.

Algunas de ellas vendrán aquí de perlas.

—La masonería ha sido el elemento más antipatriótico y cizañoso; en sus antros se ha fraguado la rebelión de Filipinas, y ella ha atizado y mantenido el fuego de la discordia en Cuba y Puerto Rico.

—Sin la protección de Ministros masones no se hubiera encendido la guerra en las colonias.

—Tres siglos, sin alarde de fuerza, por sola la moral de las órdenes religiosas, ha flotado glorioso el pabellón español en Filipinas; la concesión de extrañas libertades abrió la puerta al desprestigio de las órdenes, y la pérdida de las islas.

—España, en cuyos dominios no se ponía el sol, cuando la fé guiaba sus gobernantes, universidades y ejércitos, abre ahora informaciones para residenciar á sus generales vencidos, en vista de la entrega de las colonias defendidas por doscientos mil hombres. Todos son lamentos por la sorpresa é imprevisión de los Gabinetes, y mientras tanto, acrecen las quejas de los productores, deplorando la situación de la agricultura y el comercio. De la Administración pública no se habla, se maldice; lo propio que de los éxitos del jurado y el sufragio electoral. No aparece más política que el caciquismo, ni otra real soberanía que la dictadura ministerial....

.....
Y para esto se malbarataron los bienes, todo el rico tesoro

de la Iglesia, esplendor del culto y de las artes, alivio de los menesterosos!... para esto se divorció el Estado del clero, y se quedó en la obscuridad de su laicismo y en el apasionamiento de sus concupiscencias. Sin país adicto y sin autoridad. Vamos viviendo por el soplo de vida y peso de gravedad que Dios comunica á las sociedades; por nuestra parte, contribuimos lo bastante para vigorizar la anarquía.

Hé ahí lo más sensible y pernicioso, el olvido del principio de autoridad; con ésta, se restablece el orden, y fomenta la unión, y vivifican los organismos: sin ella, toda iniquidad queda impune, y todo aliento vigoroso desfallece. Por ese lado castigará Dios terriblemente á las sociedades prevaricadoras; porque, desatendida su influencia divina, todo se disuelve en anarquismo.

Ya San Agustín condenaba la perversidad de los libertinos acerca del establecimiento de las leyes: *nolunt stare rempublicam firmitate virtutum sed impunitate vitiorum*. (Ad Voluss.) *No, no quieren que se apoye el Estado en la roca de la virtud, sino en la impunidad de los vicios*, por eso proclaman *la libertad de conciencia*, que es el grito de Lucifer en los cielos, y de la serpiente en el paraíso. Armonizados los códigos con el principio que entroniza en los altares todos los ídolos, ó derriba toda ara, ¿para qué más desconcierto y podredumbre en la tierra?

Lo contemplamos con angustia: las voces que se alzan en el parlamento, las acogidas con aplauso, son las de proseguir por la senda del libertinaje, sin enmienda, ni vuelta á nuestro Dios. Alguna que otra palabra, velada y tímida, en pro de las tradiciones católicas ó enseñanzas del Vaticano se acoge como augurio de reacción y retroceso. Ni hay apenas corazón y brazo para mantenerla enhiesta. Toda la calle queda expedita para los agitadores de oficio, *sidera errantia*: sin aparecer cristianos que den el rostro por Cristo. ¿Dónde brillan y relampaguean los adalides católicos? Al sonar esos gritos, eco de la revolución desprestigiada, se alzaban antes también en las cámaras protestas valerosas; ahora,

¿quién sale por los fueros de la verdad y de la Iglesia? ¿quién dilucida los puntos doctrinales, las coyunturas y casos de la tolerancia del mal, para no caer en los abismos de la herejía? ¿ó se admitirán prescripciones y hechos consumados contra la ley eterna?

Cumplía al principado eclesiástico y su cohorte vivir hermanado con el civil y gobernante, y ofrecerle, además de la debida obediencia, todos los obsequios de la consideración y la alabanza; y cierto ¿qué cosa más grata? y de parte nuestra jamás se obscurece este principio de orden y cordura; pero al observar, con harta amargura, las teorías corruptoras que de las alturas descienden... fuerza es replegarse hacia la columna de la verdad, y en virtud de vuestro ministerio, predicar la salvadora doctrina, agradando á Dios, aunque se disgusten las humanas potestades.

IV

Porque los hijos de las tinieblas sean más osados que nosotros, nuestros deberes no desaparecen, se aumentan. Ahora es menester confesar á Cristo y sus enseñanzas divinas con mayor ardimiento y constancia.

Conveniente es también para ello dilatar los senos del alma y abrirlos á la esperanza vivificante. Entre los extremos de un soñador optimismo y el pesimismo amargo, si bien debemos recorrer la senda del medio y de la prudencia, como ésta no siempre aparece claramente dibujada, vale más inclinarnos de parte de los dulces ensueños. Es el pesimismo soñoliento y holgazán, ocasionado á todos los desabrimientos y fatalidades que Santiago temió de la tristeza, invierno del espíritu, consejero maléfico y venenoso, que, en solo su apocamiento é indolencia, lleva la condenación del Evangelio al perezoso siervo de los ruines talentos.

Los fracasos, en este hundimiento y desastre de escuadras, ejércitos y colonias, han sido de las cabezas; como de los políticos vienen los convencionalismos y la gangrena de la economía gubernativa: nadie ha desconocido la bravura

de la raza en nuestros soldados; digna es de admiración la Marina, que se lanza á la destrucción y la muerte previstas, por respetos á la disciplina jurada. Nos queda un pueblo sano y creyente; un suelo fecundo y todavía despoblado; necesitamos sólo administración honrada y laboriosa, que no han de crear los escépticos, sino los hijos de la España católica, los herederos de la antigua fe y proverbial hidalguía castellana. Esta nación tan providencial en la historia, no invocará estérilmente la protección de Dios, su Virgen del Pilar y el valimiento de su Señor Santiago.

El ideal nos le tiene trazado el Apóstol: *Instaurare omnia in Christo*. Mas entendamos bien en qué consiste y dónde le alcanzaremos plenamente.

El ideal es siempre un término de aspiraciones, cumbre de la montaña que fatigosamente escalamos, que para tocarle, nos llevaremos, embarazados en el camino, espacios sin cuento, y aun con su imagen viva en nuestra fantasía y todos los atractivos para arrastrarnos hacia él, viviremos de las ansias y de la esperanza, más que de su alcance y posesión, mientras peregrinamos en este destierro de la patria eterna. *Restaurar todas las cosas en Cristo, de los cielos y de la tierra*, es plan divino, *en la dispensación de la plenitud de los tiempos* (1), pues *cumplía al Redentor volver á los cielos hasta los días de la restauración de todas las cosas* (2), que no se verificará acá abajo, mansión de los enigmas y de la magistratura humana, sino en los *nuevos cielos y nueva tierra, que esperamos según las promesas, en los cuales habita la justicia* (3), la justicia infalible é incontaminada, á cuya sombra vivirá aplaudido y remunerado el justo, y donde no podrá comparecer, de vergüenza y reprobación, el infame y malvado.

(1) Ad Ephes.—1-10.

(2) *Quem oportet quidem coelum suscipere usque in tempora restitutionis omnium...* (Act. Apost.—III-21).

(3) *Novos vero coelos et novam terram secundum promissa ejus expectamus, in quibus justitia habitat.* (2. Petri.—III-13).

En derredor de lo ideal, debemos, sin embargo, girar siempre, como espejo y blanco de los anhelos, que en lo mutable é imperfecto no ha de colocar su mirada la inteligencia. La estrella del Norte, como la más incommovible, es la guía de todos los navegantes que dan vueltas al mundo, y con ellos moverse en diversas direcciones, van ordenados por aquella luz, la más fija y permanente en las alturas.

Harto nos tocará movernos á nosotros, agitados de las olas de las revoluciones, del choque de los pueblos, de la variación de edades, de la novedad de los gustos, y cansancio de lo disfrutado; pero siempre la idea primordial de *restaurarlo todo en Cristo*, todo según sus enseñanzas, todo conforme á sus propósitos, sea nuestro celestial norte, nuestro móvil y soberano impulso.

No podemos restaurar lo alto y bullicioso, regeneremos lo tranquilo y cuerdo, lo accesible, por su sencillez y educación, á la palabra de la eterna sabiduría, á nuestro pueblo, nuestro querido pueblo español, digno de todas las estimas y felicidades. No podemos corregir á las clases políticas por su disipación y soberbia; su cerebro doceañista y refractario; exhortemos y amonestemos á la aristocracia pudorosa y cristiana, para que se coloque al frente de los movimientos regeneradores, se muestre activa y solícita por los progresos en sus haciendas y estados, morando en ellos, y no ociosa y extranjerizada, como algunos nobles, que hablan á lo forastero el patrio idioma, por cultivar más afición á lo extraño que á lo propio y nacido en esta bendecida, hoy infortunada tierra.

Sanemos y purifiquemos los ambientes del espíritu, como son los espectáculos, los distintos centros de esparcimiento, y, sobre todo, la prensa periódica.

Apenas queda otra lectura general, otra enseñanza, otra luz, otro oxígeno del alma... pues á sanear la prensa de la calle, la del casino y del ferrocarril.

¡Luz y aire puros, luz y aire provechosos!

Todo lo cual forma para nosotros un *estado circunstancial*, estado de tránsito, un camino para el fin ideado, para

lo perfecto de la constitución de las sociedades. *In statu quo* hemos de aprovecharnos de las leyes, y trocar las perniciosas en útiles ó menos perjudiciales, enfocando nuestra actividad hacia el triunfo de los hombres honrados y religiosos para los destinos públicos, en todos los órdenes sometidos á nuestra elección. Siquiera sea con resultados momentáneos. Una alma, una hora de santificación, era el ánsia de las conquistas de los Santos: Dios les daba en recompensa muchas almas y pueblos enteros.

Nuestra acción ha de ser, conforme á instrucciones repetidas, con unión de miras y procedimientos, bajo la dirección de los Jefes señalados por Dios y la Iglesia. Quien quiera que en tal punto sea hostil ó fundadamente sospechoso, es enemigo de la disciplina: no sólo debe ser preterido, sino denunciado. No hay otra autoridad, ni dirección de las almas que la delegada del Espíritu Santo, y todo tiene su orden y esfera en la Iglesia santa: sus Pastores, sus Sacerdotes y su grey, bajo el báculo pastoral del Vicario de Jesucristo.

Y reine la paz, para esta unión apetecida, en nuestros corazones. La paz, que sobrepuja á todo sentido y es dón del cielo; la asentada en el orden, que de otra suerte, es falsa paz. Apenas hemos respirado en este siglo más que el humo de la pólvora, y la mal sana atmósfera de la discordia. Guerras con el extranjero al principio, al medio y al cabo; levantamiento de las Américas y últimas colonias; sediciones y pronunciamientos intestinos, y tres guerras civiles, asoladoras del territorio y las familias peninsulares. En la lucha armada, todos los combatientes pierden; y la derrota mayor es para la moralidad pública. En el imperio de la fuerza comienza por esclavizar la razón. La *suprema salus populi*, que puede invocarse en circunstancias extremas, se trueca, de ordinario, en catástrofe y abismo de los pueblos.

Para que las naciones se instruyan y eduquen, para el florecimiento de las letras y las artes, para la prosperidad de la agricultura y el desahogo de las industrias y el comercio, es necesario alejar el estrépito de las armas, las borrascas

de los enconos, y vivir cobijados al amparo de benéficas nubes de mansa lluvia, donde el iris resplandeciente estrecha con amorosos brazos los confines de la tierra.

La Iglesia, por mandato del Salvador, saluda con la bendición de la paz.

Pax vobis, es el preámbulo para el reinado de su palabra saludable, es el ambiente de su santa vida, es la última despedida y plegaria, para los que mueren á este mundo de envidias y rencores.

El Apóstol manda elevar preces, primero por todos los hombres, luego especialmente por los Reyes y cuantos se hallan en puestos elevados, á fin de que la Iglesia goce de vida tranquila y sosegada, ejercitándose en todo linaje de piedad y honestidad (1).

El estado de paz que suplicamos, al fin no es más que de relativa calma.

Hartos enemigos del alma tenemos que nos guerrean, y cuanto las leyes suenan á libertad, vosotros os hallaréis más aprisionados y en peligro. Esa licencia no es más que para los malvados. Por lo que encontraremos peligros en la ley, peligros en los funcionarios que la apliquen, peligros en la enseñanza, peligros en las lecturas, en los espectáculos, en la calle y en el paseo....

Vigilad y orad, para no ser presa del enemigo.

La vigilancia nos alejará del riesgo y nos hallará en guardia y á la defensa: en la oración hallaremos la fuerza y la pujanza para cantar victoria de los adversarios.

El Dios de la paz y la consolación os la conceda brillante en todo tiempo, para celebrar vuestros triunfos por la eternidad.

A este fin, os bendice vuestro afectísimo Prelado, † en el nombre del Padre, † y del Hijo, † y del Espíritu Santo. Amén.

(1) *Pro Regibus, et omnibus, qui in sublimitate sunt, ut quietam et tranquillam vitam agamus in omni pietate et castitate.*—I Ad Timoth. cap. 11, 2.

Dado en nuestro Palacio de Salamanca, á 28 de Febrero de 1899.

† FR. TOMÁS, *Obispo de Salamanca.*

DR. PEDRO GARCIA REPILA,
Secretario.

Los Sres. Párrocos y Ecónomos leerán, ó expondrán sustancialmente, esta Carta Pastoral á sus feligreses en la misa conventual de la Cuaresma, siguiente á su recibo.

BIBLIOGRAFÍA

Sumario de las materias contenidas en el último número de la Revista *La Basílica Teresiana*, correspondiente al día 15 de Febrero:

I. *Castillo interior*: Glosa al libro de *Las Moradas* (continuación), J. D. B.—II. *El anarquismo y Santa Teresa*, F. G. E.—III. *La Cruz del Rayo*, Antonio García Maceira.—IV. *En busca del martirio* (romance), Francisco Jiménez Campaña.—V. *Carta abierta*. Al P. Prior de Carmelitas, Avila, Francisco Jarrín.—VI. *Tres deseos santísimos* (continuación), Fr. Gabriel de Jesús.—VII. *El libro y el teatro*, Mariano Domínguez Berrueta.—VIII. *Voto de la ciudad de Salamanca en honor de Santa Teresa*.—IX. *Crónica*.—X. *Donativos para las obras de la Basílica de Santa Teresa*.

Grabados —Avila: Basílica de San Vicente, fachada del Súr y ábside. —Avila: Vista general del convento de la Encarnación.—Alba: Las obras de la Basílica: pilares de la nave central.